

Jóvenes y maestros: los Contemporáneos bajo la tutela de José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes

ROSA GARCÍA GUTIÉRREZ
Universidad de Huelva

A Alfonso García Morales

Para cualquier escritor los años de adolescencia o juventud, esos durante los cuales delimita su vocación, encuentra las voces literarias que le son afines, decide quienes serán y de qué modo sus maestros, son fundamentales, porque mucho de lo que luego acaba siendo su obra de madurez encuentra explicación, por continuidad o reacción, en ese periodo de aprendizaje. En el caso concreto de los Contemporáneos sus años de formación fueron básicos, no ya desde el punto de vista estrictamente literario –les tocó vivir y protagonizar en la edad conveniente la claudicación definitiva del modernismo representado y prolongado casi hasta los años veinte por Enrique González Martínez–, sino desde una perspectiva más amplia y de mayores repercusiones para la historia de la cultura mexicana moderna. Su encuentro con José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes no les sirvió quizás para determinar el rumbo poético que habrían de seguir en el futuro ¹, pero sí para decidir cual iba a ser su lugar y qué papel querían desempeñar en un momento clave de la cultura mexicana moderna: aquel en el que, después de la Revolución, comenzó a tomar conciencia de sí misma y se vio obligada a definirse y a elegir los caminos a través de los cuales habría de proyectarse hacia el futuro. Esos antiguos miembros del Ateneo de México (1906-1914), maestros que muy ostensiblemente ejercieron como tales, lograron proyectar su modo de entender la cultura mexicana sobre los jóvenes discípulos que, claramente, constituyeron en su tiempo la prolongación del espíritu ateneísta, prolongación que a su vez continuó Octavio Paz y llega hasta hoy a través del grupo Vuelta que tuvo en Paz hasta hace poco su maestro vivo. Las páginas que

¹ Habría que hacer una excepción con Henríquez Ureña porque, como veremos, fue él quien puso a los Contemporáneos en contacto con la New Poetry, que les sirvió de ejemplo renovador, y uno de los primeros en dictaminar el fin del modernismo gonzálezmartiniano, dando así pie al comienzo de una nueva etapa en la poesía mexicana protagonizada fundamentalmente por los Contemporáneos.

siguen intentan establecer los términos concretos de ese magisterio que, como todos, no esta exento de discrepancias y aparentes actos de parricidio intelectual que la distancia en el tiempo revela menos graves y sustanciales de lo que fueron sentidos en su tiempo por los discípulos. Hoy la línea de continuidad que une el pensamiento de ateneístas y Contemporáneos es tan nítida como la que conecta a Paz con los últimos. Más que las puntuales diferencias en cuestiones estéticas o esa insistencia en la «historia» por parte de Paz como modo de marcar su diferencia respecto de los Contemporáneos², importa la común manera de encarar el problema de la cultura nacional y la expresión artística de la mexicanidad; y en ese aspecto ateneístas, Contemporáneos y el propio Paz constituyen una tradición unitaria y sólida que tiene su origen en el de la cultura mexicana moderna y que, como manifestación de la misma, mantiene todavía hoy su vigencia.

Los años fuertes del magisterio ateneísta sobre los Contemporáneos fueron los del ministerio cultural de Vasconcelos bajo la presidencia de Álvaro Obregón (1920-1924). Durante ese periodo, los jovencísimos futuros Contemporáneos fueron estudiantes en la Escuela Nacional Preparatoria y, enseñada, universitarios asistentes a las clases de algunos ex-ateneístas (sobre todo Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso) o de los «Siete Sabios» (Manuel Gómez Morín y Daniel Cosío Villegas). Trataron a la mayoría de los «organizadores de la cultura»³ que rodearon a Vasconcelos en su misión de regeneración cultural posrevolucionaria, comenzaron a publicar en revistas bajo sus auspicios, incursionaron en sus círculos literarios, y tomaron conciencia del importante papel de difusión pública que las revistas desempeñan en momentos de crisis o polémicas como el que habrían de vivir en la segunda mitad de los veinte y comienzos de los treinta. Frecuentaron todo tipo de maestros potenciales, los adularon o criticaron con dureza, pero mostraron una disposición especial para la enseñanza de Vasconcelos, Henríquez Ureña y Reyes que asimilaron casi por completo aunque con la correspondiente y necesaria dosis de discrepancia cortés, respetuoso disenso, generacional disidencia. Del Vasconcelos de los años 20, distinto del rencoroso, radical y amargado Vasconcelos posterior a la campaña de 1929, aprendieron todos los Contemporáneos, especialmente los mayores como Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet y, aunque se dice poco, José Gorostiza, pero también los más jóvenes como Villaurrutia, Owen y Cuesta, que se sintieron partícipes de su labor ministerial a pesar de no trabajar directamente para ella, e hicieron suyos muchos de sus

² En su intento lógico de distinguirse de la generación que precedió a su grupo en *Taller*, ha escrito Paz: «los términos de nuestro predicamento se manifestaban en la oposición de dos palabras: poesía / historia. Las generaciones anteriores —la 'modernista' y la de vanguardia— las habían separado con violencia, en beneficio de la primera. ¿Cómo unir las para reestablecer la circulación entre ellas?» (*Generaciones y semblanzas*, vol. II, México, FCE, 1988, págs. 133-4).

³ Es expresión de José Luis Martínez en José Luis Martínez y Christopher Domínguez Michael, *La literatura mexicana del siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, pág. 14.

objetivos ⁴. De Henríquez Ureña también aprendieron todos, muy especialmente Salvador Novo, a saber leer, a construirse una mirada crítica, a imponerse disciplina en la escritura y a mantener intacta una visión apolítica y universal de la literatura, de la que extrañamente el propio Ureña se apartó los últimos años que pasó en México antes de trasladarse a la Argentina ⁵. Pero el más poderoso de los magisterios, al menos el más directo y palpable, fue el ejercido por el exiliado Alfonso Reyes vía epistolar y a través de los múltiples libros y artículos que publicó desde su llegada a España en 1914. Reyes, que huía literalmente de lo que él llamaba la «pervadiente política» ⁶ desde la violenta muerte de su padre, el general Bernardo Reyes, en 1913, enseñó a los jóvenes Contemporáneos a través de las cartas que envió a Villaurrutia hasta qué punto México necesitaba de ellos que hiciesen literatura en el sentido estricto de la palabra, que escribiesen la obra mexicana universal y moderna que al país le hacía falta y contribuyeran así al proceso de reconstrucción

⁴ En septiembre de 1925 en *Revista de Revistas* Villaurrutia escribió refiriéndose a Vasconcelos: «Su campaña es, naturalmente, la de la cultura –como deberá ser la nuestra–, en la que tendremos que agotarnos» («José Vasconcelos», *Obras*, México, FCE, 1974, pág. 803). Para Cuesta, «el espíritu de Vasconcelos responde a una época de la vida intelectual de México, y no sólo a un individuo» («*Ulises criollo* de José Vasconcelos», 1936, en *Obras*, vol. II, México, Ediciones del Equilibrista, 1994, pág. 144), época que Cuesta considera marcada especialmente por la presencia de Vasconcelos en el Ateneo, y de la que se considera miembro junto al resto de su grupo. Por su parte, Owen dedicó su póstumo *Perseo vencido* a Vasconcelos en reconocimiento tardío de su herencia.

⁵ Dentro de la trayectoria personal e intelectual de Henríquez Ureña, esta segunda estancia suya en México como colaborador de Vasconcelos es mucho más compleja y contradictoria de lo que se piensa. En 1921, recién llegado a México, se hizo miembro del Grupo Solidario del Movimiento Obrero que «tenía por objeto realizar actos que estrecharan vínculos, no sólo entre la clase obrera, sino entre los grupos obreros y los estudiantes en sus diversas categorías» (Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989, pág. 242). En principio ese gesto político no tenía porqué suponer cambio alguno en su modo de entender la literatura, pero en realidad sí lo supuso. En 1924 se publicó en México *Sangre roja. Poemas libertarios* (Ediciones de la Liga de Escritores Revolucionarios) de Carlos Gutiérrez Cruz, con prólogo de Henríquez Ureña, que había convertido desde 1923 al joven Cruz en su protegido. El prólogo, que fue un verdadero manifiesto en defensa de lo que Ureña llama en él «poeta social», terminaba así: «Saludemos a la musa que deja las *Bergerettes* de salón para cantar La Internacional en las calles enlodadas: a la musa que abandona el palacio de los Virreyes para irse al taller, a la mina, al campo de labranza, donde está la vida, la vida que debe interesarnos antes que toda otra si tenemos espíritu de justicia» («Prólogo» a *Sangre roja. Versos libertarios*, en Carlos Gutiérrez Cruz, *Obra poética revolucionaria*, México, Editorial Domés, 1980, pág. 32). Es difícil saber qué está detrás de este paréntesis socialista en Ureña. En *El desastre*, Vasconcelos culpa de ello a su amistad extrema con Salomón de la Selva, a quien había conocido en Estados Unidos y traído consigo a México. De la Selva estuvo afiliado a la CROM y se rodeó de un grupo de poetas –entre ellos estuvo tangencialmente Salvador Novo– opuestos ideológicamente a Torres Bodet y los suyos. La versión vasconcelista de la relación Ureña-de la Selva-Calles-CROM puede leerse en *El desastre, Obras Completas*, Libreros Mexicanos Unidos, 1957, vol. I, págs. 1347-51.

⁶ Alfonso Reyes, «Carta a Xavier Villaurrutia» (9-10-1925), en Miguel Capistrán, «México, Alfonso Reyes y los Contemporáneos», en *Los Contemporáneos por sí mismos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, pág. 9.

nacional que se estaba llevando a cabo, y que apartaran la cultura de los perjuicios de la perniciosa influencia de la política y el nacionalismo exagerado que desde el comienzo mismo de la década de los veinte había comenzado a manifestarse. Además de ese modo de entender la función del escritor, de Reyes extrajeron los Contemporáneos su visión de México, su concepción de las relaciones entre México y España, y un programa de actuación propiamente literario que intentaron llevar a la práctica en la segunda mitad de los años veinte. Hasta tal punto se sintió el grupo identificado con el maestro que los seguía guiando desde España primero, desde Argentina después, que cuando se propusieron configurar su célebre *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928) llegaron a plantearse la posibilidad de colocar al poeta Reyes junto a ellos mismos, en la tercera sección de la antología formada por «los poetas de hoy», «los absolutamente nuevos»⁷.

LA HUELLA DE VASCONCELOS EN EL SEGUNDO ATENEO DE LA JUVENTUD.

En torno a 1921, fecha en que se inició la gestión de Vasconcelos como ministro de cultura, había ya dos futuros Contemporáneos, Jaime Torres Bodet y Carlos Pellicer, poseedores de cierto prestigio como poetas. Ambos encarnaban públicamente al «joven universitario» que Vasconcelos quería como peón de su proyecto regeneracionista y trabajaban codo con codo con el maestro que los había reclutado fundamentalmente por su juventud y su formación intelectual. Como cuenta Guillermo Sheridan en *Los Contemporáneos ayer*, Torres Bodet figuró como «paradigma de joven poeta y mexicano» en la sección «Joven literatura mexicana» de la revista *México Moderno*, y en *El Universal Ilustrado* acaparó pronto la atención como prototipo de lo que la prensa denominaba ya «poeta universitario»⁸, al tiempo que Pellicer transmitía el entusiasmo de Vasconcelos a través del suyo propio en cada uno de sus atestados recitales poéticos y convertía su mensaje cultural en versos grandilocuentes a

⁷ Así consta en la carta que el 6 de octubre de 1927 mandó Torres Bodet a Reyes, entonces embajador en Argentina: «Y, pues que de su labor de poeta se trata, le diré —muy en confianza— que estamos trabajando algunos amigos y yo en la composición de una antología de la nueva poesía mexicana. En ella ocupará usted el lugar que merece, es decir, no agrupado entre los escritores del intermedio desaparecido, como algunas opiniones quisieran, sino entre los poetas de hoy, entre los absolutamente nuevos. El plan es el siguiente: Othón, Díaz Mirón, Urbina, Nervo, Icaza y Rafael López en un grupo. En otro: Tablada, González Martínez, de la Parra, Rebolledo y Arenales —que insertamos en la historia de la poesía mexicana con más de un motivo. En el último irán los nombres de usted, de Pellicer, de Gorostiza, Villaurrutia, Ortiz de Montellano, Novo, González Rojo y Gilberto Owen» (en Fernando Curiel, ed., *Casi oficios. Cartas cruzadas entre Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes, 1922-1959*, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional, 1994, pág. 43).

⁸ Guillermo Sheridan. *Los Contemporáneos ayer*. México. FCE. 1985, págs. 93 y 103 respectivamente.

tono con el ministro. Viéndolos como los representantes más activos y nuevos de la Universidad, Vasconcelos puso a trabajar consigo a esos dos y a otros muchos jóvenes elegidos de los que pretendía obtener el componente renovador que necesitaba para su proyecto. El título de «Maestro de la juventud» que Vasconcelos recibió en todos los países hispanoamericanos que visitó es sólo una muestra más de ese culto a la juventud procedente de sus años de ateneísta recuperado tras el paréntesis de las luchas revolucionarias⁹. Si en 1921 ya no era el joven que fue durante el Ateneo, al menos podía ser el guía de los nuevos jóvenes, papel que asumió explícitamente a través de una revista a la que llamó *El Maestro* (1921-3) y cuya tirada llegó a superar los 75.000 ejemplares por número. En casi todos ellos reiteró su opinión de que los estudiantes «constituyen el sector de la población donde puede producirse efectivamente esa sacudida espiritual que conduzca a México y a todo el continente Iberoamericano hacia su 'regeneración'»¹⁰.

Como explica Tzvi Medin, «en esos años posrevolucionarios México se había convertido en un país que ofrecía enormes oportunidades a la juventud, y los puestos directivos en la política, las letras y la sociedad se encontraban copados en gran medida por jóvenes que aun antes de los treinta tenían gran ascendencia sobre el acontecer nacional»¹¹. De los treinta y aun de los veinte. En 1918 Torres Bodet ya había publicado su primer libro, *Fervor*, con prólogo de González Martínez; se trataba de un conjunto de poemas más que representativo de lo que habría de ser el Segundo Ateneo de la Juventud, fundado en 1919 por Torres Bodet junto con Bernardo Ortiz de Montellano, José Gorostiza, Enrique González Rojo y el propio Pellicer, entre otros. Con ese libro, Torres Bodet había iniciado su meteórica carrera literaria, había tomado partido por la lírica del antiguo ateneísta González Martínez y había iniciado con ello una relación de discipulado con respecto al primer Ateneo que culminó con la fundación del segundo, que ideó a imagen y semejanza del anterior en una especie de sincronía extemporánea¹². El caso es que, en esa línea

⁹ Sobre la importancia de la juventud en el programa ministerial de Vasconcelos, cfr. Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*. México. FCE. 1989, págs. 557-594. Aunque la fe en la juventud como motor de renovación nació con el liberalismo del siglo XIX, en México se convirtió en auténtica devoción bajo el influjo de *Ariel* durante los años en que funcionó el Ateneo (Cfr. Alfonso García Morales, «*Ariel* en México», en *El Ateneo de México. 1906-1914. Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla, CSIC, 1992, págs. 119-146). Luego resurgió en los veinte quizás por el influjo de la teoría de Ortega y Gasset sobre las generaciones, que estuvo en boga en México de la mano sobre todo de los «Siete Sabios», y que, en consonancia con la política cultural de Vasconcelos, definía esos años como «una época de jóvenes, de iniciación, de beligerancia constructiva» (Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*. México. FCE. 1994, pág. 48).

¹⁰ Claude Fell, *op. cit.*, pág. 556.

¹¹ Tzvi Medin, *op. cit.*, pág. 51.

¹² Lo poco que se sabe de este segundo Ateneo lo recoge Guillermo Sheridan en *op. cit.*, págs. 73-74. Lo importante es que, más allá de esa denominación, Torres Bodet, Gorostiza, Ortiz de Montellano, González Rojo y, en menor medida, Carlos Pellicer, tenían conciencia de formar un grupo más o menos próximo al primer Ateneo, que Pellicer denominaba alternativamente «poetas

de tributo a los mayores, Torres Bodet llegó a ser, con sólo 19 años, secretario de la Escuela Nacional Preparatoria y un año más tarde secretario particular de Vasconcelos. En su contacto diario con el ministro, en los viajes que hizo en su compañía, en su tarea desde 1922 como jefe de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, encontró los múltiples contactos que lo convirtieron en joven poeta representativo de la nueva literatura mexicana –según decisión de los mayores–, pero también una manera de entender su misión como intelectual mexicano que compartió con el resto de miembros de su Ateneo, así como los fundamentos de una política educativa que él mismo pondría en práctica varias décadas más tarde, cuando fue secretario de Educación Pública en México o director general de la UNESCO.

Entre 1920 y 1924, los miembros del grupo de Torres Bodet dirigieron revistas y ocuparon cargos, aunque fuesen menores, dentro del proyecto vasconcelista. El papel relevante que Vasconcelos concedió a Torres Bodet y los suyos hizo que se sintieran depositarios de una responsabilidad a nivel nacional e ímpelidos a trabajar con una intensidad que de otro modo, debido a su juventud, quizás se hubiese difuminado en otros aspectos de la vida. De esa formación primera procede una conciencia clara de formar parte activa de un proyecto cultural nacional, de estar trabajando para la nación, que en los casos de Pellicer, Torres Bodet, Gorostiza y Ortiz de Montellano, es decir, los Contemporáneos que se formaron directamente con Vasconcelos, no desapareció nunca. A Torres Bodet por ejemplo, siempre le quedó la conciencia intranquila de no dedicarse plenamente a la patria y la consiguió neutralizar fabricándose, en palabras de Octavio Paz, una biografía como «hombre público» que acompaña siempre al «poeta secreto»¹³. Por su parte, Gorostiza mantuvo siempre una ambigua relación amor-odio con los Contemporáneos tal y como funcionaron como grupo a partir de la segunda mitad de los veinte, precisamente porque a veces sintió que sus compañeros se alejaban del México real a cuyo servicio debían ponerse. De hecho fue él quien en 1932, en una polémica entrevista que concedió a Febronio Ortega, dió pie a que se reanudaran las críticas de antinacionalistas, escapistas y extranjerizantes que antes habían existido contra los Contemporáneos, al aparecer como miembro «arrepentido» del grupo. Algo similar ocurrió con Ortiz de Montellano que, no sólo prestó siempre un interés inusitado en el grupo por la cultura popular y lo prehispánico, sino que receló algo de las empresas que el grupo llevó a cabo bajo el liderazgo de Novo o Villaurrutia y, al quedarse sólo al frente de la revista *Contemporáneos*, defendió

adolescentes», «ateneístas» y «rubendaristas» –por la «Sociedad Rubén Darío» que formaron en 1918– (Cfr. Carlos Pellicer, «Carta a José Gorostiza, 8-12-1919», en José Gorostiza y Carlos Pellicer, *Correspondencia, 1918-28*, México, Ediciones del Equilibrista, 1993, pág. 78), y que Salvador Novo, despectivamente, llamaba «grupo del cuello torcido» por su seguimiento de la poesía del autor de *Los senderos ocultos*.

¹³ Cfr. Octavio Paz, «Poeta secreto y hombre público: Jaime Torres Bodet», en Rafael Olea Franco y Anthony Stanton, eds., *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, México, El Colegio de México, 1994, págs. 3-12.

con uñas y dientes su mexicanidad, su servicio pleno y exclusivo a la cultura de la patria, marcando cierta distancia con *Ulises*. Cuando en 1934, en otra de las campañas antiContemporáneos que el grupo sufrió desde 1925, Montellano fue injustamente cesado de su cargo en la Secretaría de Relaciones Exteriores escribió una carta abierta dirigida a su superior Portes Gil en la que no sólo se declaró mexicanista y revolucionario convencido, sino que, muy sutilmente, se desvinculó de los Contemporáneos, «grupo en el que ahora se pretende señalarme»¹⁴. Ni Novo ni Villaurrutia, ni Cuesta ni Owen, más jóvenes que los anteriores, y por esa razón, no tan formados en la política vasconcelista, sintieron con tanta intensidad su responsabilidad pública y, desde luego, nunca se sintieron culpables de escribir una poesía o una narrativa al margen de esa labor para con México. Algo del misticismo nacionalista de Vasconcelos, del compromiso público con el país, quedó siempre, sin embargo, en Torres Bodet, Gorostiza y Ortiz de Montellano.

En *El Maestro*, que fue el instrumento que eligió el «gran maestro» para dirigir a los peones en su tarea de reconstrucción cultural, colaboraron Gorostiza, que llegó a ser jefe de redacción, y Torres Bodet. La política cultural de la revista se apoyó en tres argumentos: «la unificación y enaltecimiento espiritual del continente», mantenerse «ajena a las combinaciones políticas estériles», y al mismo tiempo, oponerse también al «soberbio aislamiento de los intelectuales»¹⁵; en definitiva, iberoamericanismo y una concepción del intelectual que interviene en los asuntos públicos desde la cultura y el espíritu, y no desde la política. En junio de 1923 el número 3 incluyó, entre otras cosas de interés, el «Manifiesto a los intelectuales y estudiantes de la América Latina» de los franceses Anatole France y Henri Barbusse, que demuestra que el llamado iberoamericanismo de Vasconcelos, a pesar de la imagen que suele transmitirse de él, no se cerraba en los límites del continente. El mismo Vasconcelos proporcionó

¹⁴ Bernardo Ortiz de Montellano, «Carta abierta», 21-12-1934, publicada por Guillermo Sheridan en «Buzón de fantasmas», *Vuelta*, n.º 199, junio de 1993, pág. 75. En unas «Memorias de la infancia» descubiertas en 1990 por Lourdes Franco, escritas al final de su vida, ya enfermo y casi retirado de la literatura, Montellano recapituló su vida literaria reorientándola hacia un México que más que universal, es entonces —¿fue siempre?— para él, mestizo. Después de leer las memorias, Lourdes Franco se pregunta: «¿Abjura el director de *Contemporáneos* de su etapa intermedia, del cosmopolitismo, de la poesía intelectual, de las preocupaciones ontológicas de orden universal para retornar a sus raíces?»; y se responde: «al menos una cosa sí podemos afirmar: ese folklore que tan bien supo distinguir Jorge Cuesta en *Ortiz de Montellano*, esa devoción que experimentó en su juventud por López Velarde, esa pasión por la mitología indígena que lo acompañó siempre, se integran, aunque de manera inconexa, en ese texto que yacía entre sus papeles. Se trata de un intento de síntesis en el que el pasado se recupera en la memoria presidida por un concepto de patria mestiza que a todos abarca en sus pequeñas y grandes historias, en sus luchas comunes, en su gastronomía y sus paisajes, en sus costumbres y sus mitos» (Lourdes Franco, «Elíptica de la obra de Bernardo Ortiz de Montellano. 'Memorias de la infancia', un texto inédito», en Rafael Olea Franco y Anthony Stanton, eds., *op. cit.*, págs. 302-3). Un concepto de patria abarcadora, múltiple y sincrética que presidió, aunque fuese más en el ideal que en la realidad concreta, la política cultural de Vasconcelos.

¹⁵ Claude Fell, *op. cit.*, pág. 508.

una definición del término en 1923 que elimina toda duda: «Iberoamericanismo quiere decir defensa de la universalidad y defensa del porvenir»¹⁶, lo que no era sino una forma de querer trasladar a toda Hispanoamérica la visión que tenía de México y que, como tal, se mantuvo viva a través de los Contemporáneos, ya que bajo esas premisas —la condición universal de la cultura mexicana y la necesidad de mirar al futuro— se generó el concepto de literatura y cultura nacional que defendió al cabo de los años el grupo. Aunque hubo cambios al politizarse cada vez más la literatura y madurar intelectualmente los Contemporáneos, en lo relativo al modo de concebir la literatura como débito moral a la nación y la cultura mexicana en relación con Occidente, el grupo conservó un fondo de pensamiento común con los antiguos ateneístas, un sedimento ideológico que Vasconcelos supo infiltrarles durante su gestión. Entre otras cosas, además de la idea de universalidad cultural en México, los Contemporáneos mantuvieron durante la década de los veinte, como legado vasconcelista, la confianza en la repercusión nacional de su labor intelectual y literaria y la conciencia de la necesidad, como decía Gorostiza, de una «aristocracia intelectual» cuyo «desinterés» puede ser tan «útil a la sociedad» como el «trabajo» de «la clase profesionista»¹⁷.

Si Torres Bodet o Gorostiza encarnaron al joven universitario trabajando por la cultura de la nación, Pellicer fue la personificación del mítico iberoamericanismo vasconcelista. Incluso puede decirse que Pellicer contribuyó a consolidar ese mito y a difundir una imagen del Vasconcelos iberoamericanista que no se corresponde con la realidad completa. Si Vasconcelos fue el maestro de la juventud del continente, Pellicer fue el estudiante que aglutinó bajo su nombre a todos los jóvenes de Hispanoamérica, y lo fue desde 1918, antes incluso de que Vasconcelos se hiciese cargo de la Universidad, al ser nombrado delegado estudiantil por el gobierno de Venustiano Carranza para iniciar intercambios culturales con otros países hispanoamericanos¹⁸. Tras el asesinato de Carranza, Pellicer, profundamente afectado, regresó a México donde se convirtió en poeta aclamado en la Universidad y reclutable del nuevo ministro de la SEP. Acompañando a Vasconcelos, recorrió medio continente y todo México, asumió como principio vital el culto a la juventud vasconcelista e identificó su interés literario por el territorio y la cultura de América con el iberoamericanismo del ministro. Por ejemplo, ya en 1921, publicó *Colores en el mar y otros poemas*, libro que, como dice Edward J. Mullen, «reflected

¹⁶ José Vasconcelos, *Boletín de la SEP*, I, 3, enero 1923, pág. 643. Cito por *Ibid.*, pág. 555.

¹⁷ José Gorostiza, «Recordando a los humildes», *El Maestro*, Vol. I, nº 1, abril 1921, pág. 31.

¹⁸ Pellicer visitó diferentes países del continente y permaneció en Colombia hasta 1920 con el objetivo de crear allí un clima hispanoamericanista entre los universitarios (Cfr. Samuel Gordon, «Carlos Pellicer: notas para una biografía literaria», en *Jornadas pellicerianas*, México, ICT Ediciones / Gobierno del Estado de Tabasco, 1990, págs. 51-2). La tónica vasconcelista de su misión es evidente en la correspondencia; en carta fechada el 2 de febrero de 1919 y dirigida a Gorostiza, Pellicer escribió con ecos martianos: «la idea de servir en algo a nuestra América me enloquece de alegría» (José Gorostiza y Carlos Pellicer, *Correspondencia*, ed. cit., pág. 52).

many of Vasconcelos' Americanist ideas and signaled an emerging interest in indigenous culture»¹⁹. En sus *Semblanzas mexicanas*, Alfredo Cardona Peña reproduce una carta de Pellicer de 1947 en la que éste recuerda cómo todavía en 1924 «estaba fresquecito de grandes viajes por América y lloraba a medianoche por el ideal hispanoamericano. Vasconcelos, genial y magnífico, nos comovía a todos, aun a aquellos que entonces éramos asquerosamente jóvenes»²⁰. Y efectivamente, ese fue el año de *Piedra de sacrificios y Seis, siete poemas*, de cuyo prólogo, escrito por Vasconcelos, sigue diciendo Mullen, «is of particular interest because of the militant tone and bitter anti-United States feeling of some of its verses»²¹.

Sin embargo, más que la versión mítica y grandiosa que se ha transmitido siempre del iberoamericanismo antiyanqui de Vasconcelos y su correlato poético en Pellicer, interesan las implicaciones político-culturales del concepto que Vasconcelos tuvo de México para entender a los Contemporáneos en tanto herederos de su pensamiento. En realidad, salvo Pellicer y su apasionado telurismo continental, al resto del grupo no les sedujo la grandilocuencia que el iberoamericanismo sugería sino que, más bien, observaron con atención y escepticismo lo que la defensa de la latinidad frente a lo anglosajón inherente a la concepción vasconcelista del iberoamericanismo suponía verdaderamente en lo relativo a la definición cultural de México. Los Contemporáneos vieron pronto, y eso ya lo sabía Vasconcelos, que esa defensa de la latinidad encerraba la certificación de la raíz hispánica de la cultura mexicana con la que los Contemporáneos estuvieron de acuerdo²²; pero también se dieron cuenta de

¹⁹ Edward J. Mullen. *Carlos Pellicer*. Boston. Twayne Publishers. 1977, pág. 29.

²⁰ Alfredo Cardona Peña. *Semblanzas mexicanas*. México. Costa-Amic. 1955, pág. 129.

²¹ Edward J. Mullen, *op. cit.*, pág. 29.

²² El hispanismo de Vasconcelos, sobre el que no suele hablarse mucho, es más que palpable en el fondo de su doctrina iberoamericanista. Él entendía –al menos así parece desprenderse de *La raza cósmica*– que el origen español del continente americano justificaba su carácter universal, ya que la propia disposición de apertura y mestizaje del espíritu hispánico había motivado la naturaleza multicultural, cósmica, del continente. En palabras de Abelardo Villegas, «el mestizaje continental era una prueba de que los iberos poseían una simpatía para lo extraño» que los mexicanos «habrían heredado» (*El pensamiento mexicano en el siglo XX*. México. FCE. 1993, pág. 55). Así, en la teoría, conseguía igualar hispanismo, iberoamericanismo y universalismo, aunque en la práctica quedasen los problemas del mundo anglosajón –al que el universalismo mexicano estaba obligado a ignorar– y el enfrentamiento real que en México se estaba produciendo entre hispanistas e indigenistas. Como ha afirmado Adalbert Dessau, al universalismo implícito a su «metafísica del hombre latinoamericano» Vasconcelos «agregó la apología de la hispanidad de América Latina» (Adalbert Dessau. *La novela de la Revolución mexicana*. México. FCE. 1986, pág. 71) sobre la que desahogó años más tarde el peso de su extremismo político hasta el punto de llegar a convertirse en simpatizante del españolismo franquista. Pero eso se comprueba con sólo echar un vistazo a algunas de sus disposiciones como rector o como director de la SEP. Por poner sólo dos ejemplos, en circular fechada el 30 de julio de 1920 se lee: «Se recomienda la lectura de todas las novelas y dramas de Galdós, porque Galdós es el genio literario de nuestra raza en los últimos tiempos» (José Vasconcelos, «Libros que recomienda la Universidad Nacional», en Álvaro Matute, ed., *José Vasconcelos y la Universidad*, México, UNAM, 1983, pág. 111). En otra circular, fechada el 19 de enero de 1921, se repite una

que suponía un rechazo, un freno a cualquier tipo de influjo de los Estados Unidos sobre México. Prueba de hasta qué punto el latinismo vasconcelista penetró sólo temporalmente en la conciencia de los jóvenes Contemporáneos fue la revista *La Falange*, que publicaron Torres Bodet y Ortíz de Montellano desde 1922, y en cuyos últimos números colaboró Villaurrutia que, junto con Novo, acababa de conocer a Torres Bodet en la Preparatoria. En principio, el subtítulo «Revista de cultura latina» dejaba entrever su dependencia ideológica respecto a los primeros ateneístas, dependencia o al menos vinculación corroborada además por la adhesión personal de Alfonso Reyes a la publicación²³. Bajo su teórica pretensión de universalidad, la revista dió incluso muestras de hallarse anclada en el arielismo finisecular al desautorizar «por ilógica y enemiga» la influencia sajona frente a la exaltación de «los fueros de la vieja civilización romana de la que todos provenimos y que es como el cogollo sangriento y augusto de nuestro corazón y de nuestra vida»²⁴. Sin embargo, ya en los últimos números de *La Falange* los jóvenes mostraron la inevitable discrepancia con el maestro, la primera muestra de emancipación intelectual, al revelarse contra el punto flaco del pensamiento universalista de Vasconcelos: la aversión a la cultura anglosajona. Mucho menos politizados que el ministro, y entregados a una labor que consideraban exclusivamente cultural y literaria, los jóvenes Contemporáneos acabaron entendiendo que la apertura de México a la cultura universal no podía producirse, por ejemplo, de espaldas a la nueva poesía norteamericana que cada vez gozaba de mayor prestigio. Como ha notado Evodio Escalante, *La Falange*, «ariete de la latinidad ante la amenazadora intrusión de la cultura anglosajona», se autodestruyó en su antepenúltimo número al incluir, además de un artículo de Rafael Lozano titulado «Los nuevos poetas de los Estados Unidos», la primera *Antología*

idea similar: «Se publicarán también algunos dramas de Shakespeare, por condescendencia con la opinión corriente, y varios de Lope el dulce, el inspirado, el magnífico poeta de la lengua castellana, con algo de Calderón y el *Quijote* de Cervantes, libro sublime donde se revela el temperamento de nuestra estirpe» («La editorial universitaria», *Ibid*, pág. 121). En cierta medida, este hispanouniversalismo vasconcelista está en la base de la conocida teoría sobre el «clasicismo mexicano» que a comienzos de los treinta dió a conocer Jorge Cuesta (cfr. «El clasicismo mexicano», *Obras*, vol. I, ed. cit., págs. 304-315), que a su vez sirvió de inspiración a Octavio Paz en el capítulo VII de *El Laberinto de la soledad*. Sobre el modo particular que tuvieron los Contemporáneos de asimilar ese hispanismo en materia exclusivamente literaria he escrito en «*Ulises vs. Martín Fierro*. Notas sobre el hispanismo literario de los Contemporáneos», *Literatura Mexicana*, vol. VII, nº 2, 1996, págs. 407-444.

²³ En enero de 1923 Torres Bodet solicitó a Reyes, entonces en España, colaborar en «*La Falange*, revista de cultura latina que un grupo de escritores al que pertenezco esta editando en México» (en *Casi oficios*, ed. cit., pág. 27). Por su parte, Reyes escribió a Villaurrutia ese mismo año explicándole: «como ve usted mi ideal es el de *La Falange*» (Cfr. Guillermo Sheridan, *op. cit.*, pág. 145).

²⁴ «Propósitos», *La Falange*, México, 1 de diciembre MCMXXII, nº 1, pág. 1. El texto, aunque no lo firmó nadie, pudo haberlo escrito Torres Bodet por las similitudes que ofrece con el final de uno de los poemas de su libro *El corazón delirante*: «¡oh México, sangriento corazón español!...».

de poesía norteamericana moderna hecha en México por Rafael Lozano y Salvador Novo²⁵. Esa apertura a la moderna poesía norteamericana supuso un acto de independencia con respecto a Vasconcelos, pero sobre todo, una nueva posible orientación para una poesía joven que hasta entonces había seguido los moldes caducos de González Martínez.

Como dice Evodio Escalante, ese cambio de rumbo de *La Falange* hay que ponerlo en relación con la participación en sus últimos números de Villaurrutia, Owen y, muy especialmente de Novo. Efectivamente, además de los neoteneístas encabezados por Torres Bodet, representantes a rajatabla del ideal vasconcelista de «joven universitario» necesario para México, desde 1919 los todavía más jóvenes Novo y Villaurrutia habían comenzado tímidamente a incorporarse al panorama literario aunque, según se dijo, sin intervenir directamente en la política de Vasconcelos. Menos sujetos a ese magisterio y más preocupados por el rumbo que la poesía estaba tomando en el resto del mundo que por una posible actuación pública, Novo y Villaurrutia no habían desdeñado sin embargo enseñanzas procedentes de otros antiguos ateneístas como Henríquez Ureña y Reyes, más adaptados que Vasconcelos, sobre todo el primero, a los nuevos tiempos. Tanto Novo como Villaurrutia encarnaban de cara al público un ideal de joven osado y orgulloso, capaz de rechazar el trasnochado tono de González Martínez o revelarse contra el antiguo legado latinista que, si bien no coincidía plenamente con el vasconcelista, surgió bajo su influjo y fue su prolongación y su consecuencia: un joven «que se acercaba a los personajes jóvenes de Gide, Radiguet o Cocteau, a *les enfants terribles*, ávidos, malcriados, impetuosos, arriesgados, asombradores e ingobernables»²⁶, con el que acabarían identificándose con el tiempo la mayoría de los futuros Contemporáneos.

SALVADOR NOVO, «DISCÍPULO PREDILECTO» DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

La enormemente productiva y controvertida relación del adolescente Salvador Novo con Henríquez Ureña comenzó en 1921, justo el año en que este último había llegado a México acudiendo a la llamada de Vasconcelos que lo requería como colaborador de su proyecto ministerial. En el verano de 1920 había estado trabajando en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, dirigido por Ramón Menéndez Pidal, aunque su residencia fija desde 1914, año en que abandonó México por primera vez, había sido Estados Unidos, especialmente New York y Minnesota, en cuya Universidad fue profesor. La estancia en Madrid le sirvió a Ureña para que, en 1921, Vasconcelos le llamase para

²⁵ Cfr. Evodio Escalante, «Contemporáneos y estridentistas en el estadio del espejo», en Rafael Olea Franco y Anthony Stanton, eds., *op. cit.*, págs. 393-395.

²⁶ Guillermo Sheridan, *op. cit.*, pág. 124.

«fundar, organizar y dirigir una Escuela de Verano semejante a la que sostenía en Madrid el ya mencionado Centro de Estudios Históricos»²⁷, tarea que cumplió en efecto. Su prolongada estancia en Estados Unidos le había proporcionado un conocimiento exhaustivo de la poesía que se estaba escribiendo entonces en aquel país y una amistad intensa y duradera con el poeta Salomón de la Selva, a quien conoció en Minnesota, y al que se llevó consigo a su regreso a México. Fue en la recién creada Escuela de Verano donde Ureña conoció a Novo. Al poco del primer encuentro, Ureña, según era su costumbre, adoptó intelectualmente a ese joven que le pareció extremadamente culto y que, casualmente, había asistido a una de sus clases sobre Sor Juana Inés de la Cruz. «Sin advertirlo —cuenta Novo— fui poco a poco envuelto en las redes en que socratizaba a un pequeño grupo de reverentes discípulos»²⁸. El joven Novo, cuyo afán de ruptura con el pasado no podía saciar el acomodaticio grupo de Torres Bodet, le resultó perfecto a Ureña para desplegar su innata vocación de maestro. Lo invitó a participar en sus tertulias y se convirtió en su tutor privado: le impuso tareas, lo examinó informalmente, guió sus trabajos. «En largos monólogos —continúa Novo— mientras íbamos a pie desde la Universidad hasta su casa, me exploraba, me instruía, me calibraba»²⁹. Pronto, Novo se dedicó con empeño a cada una de las tareas variadas que Ureña le impuso: dar clases en la Escuela de Verano, dirigir la sección «Repertorio» de *México Moderno*, o preparar antologías de los más variados temas, ya fuese de cuentos hispanoamericanos —que publicó *Cultura*—, o del *Eclesiastés*. «Para mis diecisiete años —dice Novo en el artículo que escribió con motivo de la muerte de Ureña— era mucho el dinero que me hacía ganar. Para mis inclinaciones, excesiva la disciplina austera que nos imponía, la intrusión absoluta de su dominio en todos los aspectos de nuestra vida»³⁰.

Más atento que Vasconcelos a la literatura, también más viajado y poseedor de una óptica más amplia a la hora de observar los fenómenos de la cultura, Ureña, junto con Salomón de la Selva, dió a conocer a Novo la nueva literatura norteamericana, la poesía imaginista que ya en Estados Unidos comenzaba a hacer escuela. Desde el punto de vista puramente literario, ese conocimiento de la poesía norteamericana que Novo adquirió de la mano de Ureña fue lo más fructífero de la relación³¹. En gran medida, ese aprendizaje

²⁷ Alfredo Roggiano, *op. cit.*, pág. 202.

²⁸ Salvador Novo, «Memorias», *Cuadernos del Frente de Liberación Homosexual de Acción Revolucionaria*, vol. 1, n.º 2-3, 1980, págs. 11.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Salvador Novo. *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho*. México. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1994, pág. 534. El artículo se publicó en *Mañana*, 12 de mayo 1946.

³¹ Además habría que añadir que Ureña, como el mismo Novo reconoce, le enseñó literalmente a escribir. Se repite siempre la absoluta claridad, la perfección de la prosa crítica de Ureña, y en cierto sentido, ése fue el legado más íntimo que Novo recibió de su maestro. Dice Novo: «Mientras duró su socrática tutela, me impuso ejercicios de redacción que abatieran mi prosa hasta la inteligibilidad» («Memorias», art. cit., pág. 12). Así, continúa explicando, fue capaz

acabaría situándolo a la cabeza de la renovación poética de la nación a través del libro *XXPoemas* (1925), claramente influido por la New Poetry norteamericana, y que fue recibido en México como el esperado anuncio de un cambio en el lenguaje poético que por fin parecía ponerse en marcha ³².

Teniendo en cuenta el contacto de Novo con Ureña y la participación del primero en los últimos números de *La Falange* se entiende mejor el cambio de rumbo de la revista en lo relativo a su latinismo antiyanqui. No hay que olvidar que, como recuerda Novo en sus «Memorias», «el grupo de Henríquez Ureña era adverso al grupo de Jaime y Vasconcelos»; y precisamente «como en réplica a la revista *La Falange* (...) el grupo de la Universidad sacó un único número de *Vida mexicana*» ³³. Quizás la palabra «adverso» es excesiva, pero sí es cierto que las relaciones entre Vasconcelos y Henríquez Ureña eran algo frías en torno a 1923 –año en que este último comenzó a mostrar esa afinidad pasajera con presupuestos revolucionarios, sociales y nacionalistas a la que nos referimos con anterioridad–, y que entre ellos los años habían levantado un pequeño muro de diferencias ideológicas que no pudo salvar el recuerdo de la común pertenencia al Ateneo de la década anterior. En carta de 1960 a Merlin H. Forster, Novo insistió en ello:

Tiene usted razón en asumir que *Vida Mexicana* (que a lo que recuerdo sólo publicó un número) entrañaba una oposición a *La Falange*, que ya traducía el distanciamiento del grupo de Pedro Henríquez Ureña con respecto del de Vasconcelos, que habría de culminar con la partida de México de Pedro Henríquez Ureña hacia Buenos Aires. Si bien es cierto que en *Vida Mexicana* no aparecen colaboraciones mías, ello se debe a que la revista no continuó ³⁴.

de escribir artículos para diversos periódicos y revistas que pronto fueron alabados. Ese disciplinado ejercicio de clarificación prosística acabó convirtiendo a Novo en un verdadero maestro en los ensayos y el periodismo, como puede comprobarse en los tres tomos recopilatorios titulados *La vida en México* (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994) que contienen muestras verdaderamente magistrales, como precisamente el artículo dedicado a la muerte de Ureña.

³² Recuerdo que en 1924 Novo había editado en *La Falange* la citada antología *La poesía norteamericana moderna*, que había estado preparando desde antes bajo la supervisión de Ureña. Fruto de esa formación fueron los *XX Poemas* que, en opinión de José Emilio Pacheco, deben considerarse «verdadero punto de partida» de la poesía mexicana moderna (en «Nota sobre la otra vanguardia», *Revista Iberoamericana*, n.º 106-107, enero-junio 1979, pág. 328). En este mismo artículo, Pacheco se detiene brevemente en las relaciones Novo-Ureña-de la Selva desde el punto de vista literario y llega a considerar que los tres fueron los fundadores de lo que él denomina «la otra vanguardia», precedente –sigue siendo la opinión de Pacheco– de la anti-poesía. Según Pacheco, el prosaísmo de la New Poetry dió un tinte especial a los *XXPoemas* y *El soldado desconocido*, publicado en 1922 por Salomón de la Selva, e inauguró en México una alternativa moderna al vanguardismo canónico.

³³ Salvador Novo, «Memorias», art. cit., pág. 12.

³⁴ «Carta de Salvador Novo», incluida en Merlin H. Forster, *Los Contemporáneos, 1920-1932. Perfil de un experimento vanguardista mexicano*, México, Ediciones de Andrea, 1964, pág. 119. Por su parte, Guillermo Sheridan corrige a Novo al constatar que *Vida Mexicana* apareció en dos ocasiones: diciembre de 1922 y marzo de 1923 (*op. cit.*, pág. 143).

Es difícil saber si Novo habría participado en *Vida mexicana* ya que, en 1923, su relación con Henríquez Ureña se cortó bruscamente: según cuenta aquél en sus «Memorias», al enterarse Ureña, no sólo de su homosexualidad, sino de su promiscuidad ostentosa, previa confirmación a través de una entrevista personal, lo apartó violentamente de sí ³⁵. El caso es que, justo ese año, Novo se pasó a la supuestamente «adversa» *La Falange* enriqueciendo y alterando la base ideológica de la revista con colaboraciones cuyo contenido hay que agradecer a los meses que pasó al lado de Ureña ejerciendo de discípulo predilecto. Como dice Sheridan, «los dos últimos números de *La Falange*, correspondientes a septiembre y octubre de 1923, gracias a las colaboraciones asiduas de Novo y Villaurrutia, advierten una vitalidad y un espíritu distinto a las anteriores» ³⁶. En ese «espíritu distinto» que acabó siendo el signo diferenciador de la nueva generación y su emancipación de la precedente, Ureña había dejado su huella de lector universal y crítico de su tiempo que acabó marcando la actuación literaria del grupo en la segunda mitad de la década de los veinte. Poco a poco, gracias a Novo y con el eslabón Villaurrutia, el grupo de Torres Bodet añadió al magisterio de Vasconcelos las novedades aprendidas de Ureña: se apartó explícitamente del modelo González Martínez, identificado con la gestión vasconcelista y al que ya en 1921 Ureña había considerado un poeta del pasado que poco tenía que enseñar a los jóvenes ³⁷, y transformó su finisecular latinismo antinorteamericano en un moderno universalismo de carácter literario.

A pesar de la crudeza con que terminaron las relaciones entre Ureña y Novo, éste jamás dejó de reconocer la influencia que sobre él ejerció «el incomparable maestro». En 1933, después de 10 años sin verlo, Novo se reencontró con él en Buenos Aires; allí «se conservaba fuerte y alerta (...) enterado de cuanto pasaba en el mundo de todas las culturas». En el artículo que escribió al recibir la noticia de su muerte, en un intento de calibrar el legado de Ureña a la cultura mexicana, que justo entonces estaba recibiendo el importantísimo aporte del exilio español, continúa diciendo Novo: «La (cultura) mexicana actual, si hay una, ¿sabrá cuanto le debe? Aun la presencia entre nosotros de los valores españoles que refugiamos, no es más que el fruto de la admiración que por ellos supo imbuir en su tiempo Pedro Henríquez Ureña en sus discípulos hoy poderosos de México, y de las relaciones que supo propiciar entre los escritores de todos los países» ³⁸.

³⁵ Cfr. Salvador Novo, «Memorias», art. cit., pág. 12.

³⁶ Guillermo Sheridan, *op. cit.*, pág. 139.

³⁷ Cfr. Pedro Henríquez Ureña, «Apostilla a 'Enrique González Martínez'», *Obra crítica*, México, FCE, 1981. Como ha señalado Alfonso García Morales, «Henríquez Ureña regresó a México en 1921. Reconoce entonces que González Martínez 'ya no tiene nada nuevo que enseñar'. Su lugar lo ocupa López Velarde, que muere ese mismo año, pero deja una poesía renovadora y todavía viva. Tras él comienza en México la poesía contemporánea» (*op. cit.*, pág. 222). Efectivamente, López Velarde se convirtió en el modelo poético mexicano seguido por los Contemporáneos desde 1921-22 en unos casos (Villaurrutia, Novo, Gorostiza), y desde 1923-4 en otros (Torres Bodet).

³⁸ Salvador Novo, *La vida en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho*, ed. cit., pág. 535.

Sin entrar en profundidad en la más que fundamental relación de los Contemporáneos con la literatura española y, sobre todo, en su postura con respecto a la importancia de la cultura española en la mexicana, tan polémica en los nacionalistas años veinte, merece la pena destacar un gesto concreto de acercamiento explícito que tuvo Ureña para con España, desde el punto de vista cultural, durante esta su segunda estancia en México; ese gesto cobra especial importancia si se tiene en cuenta que por esos años comenzaba ya a ponerse de manifiesto un antihispanismo indigenista progresivo que acabó consolidándose en la segunda mitad de los años veinte con la presidencia de Plutarco Elías Calles. En 1922, Ureña publicó en la editorial México Moderno el libro *En la orilla. Mi España*, escrito en colaboración con Vicente Lombardo Toledano. El libro, que reunía artículos diversos, algunos de ellos antiguos, suponía en términos amplios una reivindicación de la vitalidad artística y literaria de España y un llamado a los mexicanos a aproximarse espiritualmente a la antigua metrópoli. Su recepción, como era de esperar, fue polémica, tal como lo demuestran las reseñas recogidas por Alfredo Roggiano en su citado libro sobre Henríquez Ureña en México. Muchos criticaron al dominicano su abandono de temas mexicanos en favor de lo hispánico. Otros, los menos, coincidieron con él y entendieron que hablar de cultura española era, en cierto sentido, hablar también de cultura mexicana. En esta dirección merece la pena reproducir parte del artículo que escribió Samuel Ramos, ya que éste fue, podría decirse, el filósofo de los Contemporáneos, el hombre que sustituyó a Antonio Caso y colaboró en *Ulises*, primera revista íntegra del grupo y especialmente interesada en la reivindicación de los lazos culturales entre México y España. El artículo, titulado «Al margen de un buen libro», apareció el 10 de junio de 1923 en *El Heraldo de México*:

«La Revolución de la Independencia americana no trató solamente de efectuar nuestra emancipación de España en lo temporal. La América independiente, luchó durante todo el siglo pasado por desligarse de la metrópoli también en lo espiritual. Y no fue difícil conseguirlo, puesto que a ello concurrían el rencor aún fresco contra el dominio colonial y el espectáculo del evidente rezago de España con respecto a otros países cultos de Europa. Y no contentos aún los hispanoamericanos con que espontáneamente brotara la hispanofobia, la cultivaron en la escuela como una forma de patriotismo. De todo esto resultó (...) un intento que hoy juzgamos pueril, de renegar nuestra filiación hispánica. Fue necesario que conociéramos las leyes de herencia biológica, para darnos cuenta de que la fuerza immanente y fatal de esas leyes, nos hacía inconscientemente españoles (...). Los hispanoamericanos de hoy han rectificado ese error (...). Todos consideran como un deber incorporarnos, con el estudio, la tradición de España, para adquirir la partícula de su espíritu que la herencia no ha podido infundirnos por adentro. (...) Del amor, del interés que sienten los escritores de América por las cosas de España, da una muestra significativa, el último libro de Pedro Henríquez Ureña»³⁹.

³⁹ Citado por Alfredo Roggiano, *op. cit.*, pág. 227.

Ramos sabía que en México ese «amor por las cosas de España» no sólo no estaba generalizado, sino que incluso predominaba un profundo sentimiento antihispánico de índole nacionalista. Quizás por ello insiste tanto en la cantidad de hispanoamericanos de entonces ideológicamente afines a Ureña. Frente al latinismo antinorteamericano de Vasconcelos, Ureña recuperaba para el México de los veinte lo que ya se propuso una década antes con el Ateneo: la reivindicación y el restablecimiento de los lazos culturales que unían a España y México o, más específicamente, el desarrollo de la cultura mexicana en respeto riguroso de esa raíz hispánica —que por razones políticas había negado el pasado inmediato y volvía a negar el presente posrevolucionario— como modo de conectar a México, por herencia irrechazable, con lo universal. Sea como fuere, Ramos, como también los Contemporáneos, asimilaron el modo que tuvo Ureña de entender las relaciones culturales entre España y México; reconocer la filiación hispánica de la cultura mexicana sirvió para ellos de puente con la cultura occidental; por sus propias raíces, México se disponía así, culturalmente, a lo universal.

Alfonso Reyes y su magisterio desde la distancia: «en busca del alma nacional»

Aun dándose la circunstancia de hallarse exiliado en Europa, fue Alfonso Reyes el antiguo ateneísta que con más intensidad dejó su huella sobre los Contemporáneos. Como escribió Gabriela Mistral —que participó activamente en el ministerio de Vasconcelos—, Reyes seguía viviendo durante esos años, a pesar de la lejanía física, «en la presencia de América, delante de ella, siguiéndole el dibujo cambiante, curioso de lo que en ella aparece con carácter de suceso, o sea, de diferenciación, y que es digno de ser confortado desde lejos»⁴⁰. Y efectivamente, desde el otro lado del mar y en sus múltiples artículos, libros o a través de la correspondencia directa con jóvenes como los Contemporáneos, Reyes intentaba dar sentido y definir con claridad el objetivo de la empresa cultural en la que la juventud de México se había involucrado, identificándose con ella. Seguía atento a todo lo que ocurría en su país, depositaba sus esperanzas, también él, en los jóvenes intocados de las decepciones de la política, y hacía partícipe de sus preocupaciones «americanas» a intelectuales de toda Europa. En carta fechada el 4 de marzo de 1923 a Valéry Larbaud, que habría de convertirse en pocos años en uno de los mejores analistas de la literatura mexicana, quizás por lo que aprendió de su intensa relación con Reyes, escribía:

¿Por qué le digo a usted estas cosas? No lo sé yo mismo. Acaso por un vago deseo de interesar su noble curiosidad en estos esfuerzos trágicos

⁴⁰ Gabriela Mistral, *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Universidad de Nuevo León, 1955, vol. I, pág. 123.

de la América española. Ahora los jóvenes escritores de mi país se han lanzado en busca del alma nacional... ¡Hermosa y arriesgada tarea, orillada de equivocaciones ridículas y donde no bastan las buenas intenciones! ⁴¹.

Desde Madrid, Reyes se involucra con temor y con pasión en esa «búsqueda del alma nacional» que se había propuesto como divisa en su *Visión de Anahuac* (1917). Para un sector concreto de la juventud mexicana entre los que figuraban los Contemporáneos, Reyes era el modelo de un modo particular de sentir y ser mexicano, y el pensamiento expuesto en sus obras el camino a seguir para encontrarse, superando rencores antihispanistas y exagerados nacionalismos dictados por la política, con la verdadera esencia nacional. Nacional y aun hispanoamericana en general. En *Letras de los 20's*, Antonio Acevedo Escobedo recoge un artículo escrito en 1925 por el entonces joven crítico ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide para la *Revue de l'Amérique Latine* que demuestra la vigencia y la actualidad ideológica del pensamiento de Reyes en Hispanoamérica a pesar de su exilio:

Ahora en París, Alfonso Reyes nos hará un buen servicio. Cuando franceses curiosos e inteligentes nos pregunten por lo que la América española da actualmente como tipo de espíritu cultivado, como triunfo de la mezcla de la cultura con el hispanoamericanismo de sangre y de alma, en lugar de perdersen en generalidades, les diremos simplemente: «Vean ustedes a Alfonso Reyes» ⁴².

Pero ya antes de 1925 los Contemporáneos habían encontrado en Reyes su consejero espiritual y, sobre todo, al mejor representante de un mexicanismo «de sangre y de alma» frente al nacionalismo politizado. En concreto, la primera carta que Torres Bodet escribió a Reyes está fechada en octubre de 1922, y desde esa fecha hasta la muerte de Reyes la correspondencia entre ambos fue relativamente fluida. Sin embargo, como dice Fernando Curiel, «más semejan esas cartas un intercambio oficial, de un profesional de letras a otro (...), que un epistolario en sentido estricto» ⁴³. Y efectivamente, en lo que respecta al joven Torres Bodet, sus cartas se dirigen más a un intermediario cultural, un posible propagandista de su obra en Europa, que a un maestro. Mucho más íntima y fructífera, con repercusiones concretas para los Contemporáneos, fue la relación epistolar que mantuvieron Reyes y Villaurrutia. En sus «Memorias», Novo cuenta cómo ya en 1920 Villaurrutia admiraba a Reyes hasta el punto de haber leído todos sus libros ⁴⁴. En 1923, con sólo 19 años, Villaurrutia ya se escribe frecuentemente con Reyes, y éste, lejos de responderle con

⁴¹ Cito por Sylvia Molloy. *La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XX siècle*. Paris, Presses Universitaires de France. 1972, pág. 97.

⁴² Cito por Antonio Acevedo Escobedo. *Letras de los 20's*. México. Seminario de Cultura Mexicana. 1966, pág. 239.

⁴³ Fernando Curiel, «Introducción» a *Casi oficios*, ed. cit., pág. 15.

⁴⁴ Salvador Novo, «Memorias», art. cit., pág. 11.

cartas de compromiso, lo hace siempre con el corazón en la mano, de maestro entregado a discípulo entusiasta y aventajado, con cartas meditadas y apasionadas a un tiempo, destinadas a un joven que, como Reyes sabía, las utilizaba para formarse un criterio firme como intelectual mexicano. El 13 de septiembre de ese año, por ejemplo, Reyes escribió a Villaurrutia —que acababa de enviarle la reseña que hizo en *La Falange* sobre su libro *Huellas*— una carta en la que, entre otras cosas, declaraba estar trabajando constantemente para la juventud intelectual de México:

Verá usted lo que pasa: ante todo, cuanto viene de México, y de mis amigos jóvenes de allá, me pone, por lo mismo que me importa tanto, en un estado de hiperestesia. Yo creo que, si algún día tuviera la desgracia de que la juventud de mi México dudara de la pureza de mis intenciones estéticas, consideraría extinguida la luz más intensa de mi alma ⁴⁵.

En ella, además, definía el rigor intelectual y «la fe en la cultura» como armas imprescindibles para la reconstrucción de México frente «a los bárbaros, nuestros enemigos comunes»; se autocalificaba de verdaderamente revolucionario —«¡figúrese usted que aquí, en Europa, soy de los que comienzan, y todos los nuevos, los más revolucionarios (...) me consideran uno de los suyos!»— en un sentido que los Contemporáneos harían suyo; y se declaraba compañero de misión de Villaurrutia y su grupo:

Pero es que hablo con uno de mi mismo taller, a quien de tú a tú, como soldados que se batan en el mismo frente, puedo decir: 'No abras tú mismo un boquete en el muro; no cedas razones a los bárbaros, nuestros enemigos comunes; nunca digas nada contra el estudio, contra los libros, contra los severos castigos de la reflexión'. ¡Ay, si usted supiera que en el centro de mí mismo da cualquier palabra venida de los míos, de mi México! ⁴⁶.

En la carta, Reyes mostraba su tendencia al universalismo en materia literaria definiéndose como «un curioso implacable», probador de «tantas cosas», lector de todos los libros, «por temperamento y afán de beber 'los vinos del país' a donde quiera que llego», sin que eso supusiese una disminución de su afán de trabajar por México ⁴⁷. Esta idea de «curiosidad» la retomó poco después Villaurrutia para definir el objetivo y la actitud de *Ulises*, la revista que fundó con Novo y subtuló «Revista de curiosidad y de crítica», y sugerir la inexistencia de límites en el viaje universal por lecturas de todo el mundo que se propuso con ella.

En otra carta, escrita también a Villaurrutia un mes después, Reyes completó las directrices esbozadas en la anterior, y aconsejó a su discípulo: «Esta

⁴⁵ Cito por Miguel Capistrán, art. cit., pág. 14.

⁴⁶ *Ibid*, pág. 15.

⁴⁷ Alfonso Reyes, «Carta a Villaurrutia», 13 de septiembre de 1923, en Miguel Capistrán, art. cit., pág. 15.

carta casi-pública (mensaje al grupo de *La Falange*), puede usted comunicarla a sus compañeros»⁴⁸. En ella hizo un llamamiento a la «misión sagrada» del intelectual —«trabajar para el pueblo»—, pero dejó claro que esa tarea excluía por completo cualquier tipo de folklorismo, costumbrismo o politización. En su opinión: «los que quieren buscar y crear el carácter propio, nacional, de una literatura, deben conservar la ventana muy abierta al paisaje exterior del mundo». E insistió en cómo se había puesto como «divisa» en *Visión de Anáhuac* «En busca del alma nacional»⁴⁹, lo que conecta esta carta con la que dos años más tarde escribió a Valéry Larbaud sobre la juventud mexicana. Resulta obvio que, aunque no lo diga tal cual, Reyes se concebía a sí mismo como maestro-compañero de un grupo de jóvenes que le eran afines.

Todavía en el verano de 1925, cuando los Contemporáneos estaban a punto de conformarse como grupo autoconsciente y emancipado ya definitivamente de generaciones precedentes, Villaurrutia seguía escribiendo a Reyes en busca de orientación y consejo. Para librarlo de la crisis creativa que lo atormentaba y del desánimo y la inacción que le provocaban los ataques y acusaciones de extranjerizante y antinacionalista que recibía de la prensa, Reyes escribió a su joven discípulo, esta vez desde la Rotonde de Montparnasse en París, animándolo y recordándole algunas ideas que son básicas para entender en qué consistió verdaderamente la asunción de la «curiosidad» de la que hablamos antes como vocación para los Contemporáneos. Ante la frustración como escritor de Villaurrutia y su parálisis creativa acentuada por la amenaza de una cultura mediatizada políticamente, Reyes le advertía que, como escritores mexicanos «uno de nuestros males es la falta de respiración», para lo que le aconsejaba salir «un poco a correr el mundo», intentando contrarrestar esa natural «acidia» en Villaurrutia que tan bien ha descrito Octavio Paz en su *Xavier Villaurrutia en persona y obra* (México, FCE, 1978); en ningún momento, le matizaba, debía entender ese viaje como un desprecio a lo nacional o un dejarse subyugar por lo extranjero: «ya le habrán dicho a usted muchas veces esa honrada vulgaridad: que viviendo lejos se aprende a amar a la patria». Desde París, Reyes no se engañaba y advertía a Villaurrutia de lo sacrificado de esa tarea que, en realidad, era una especie de voluntario exilio interior que habría de resultar ininteligible para la opinión pública mexicana, volcada como estaba en la defensa y construcción de su nacionalidad:

Pero no quiero que nuestro diálogo sea lamentos siempre. Usted siga leyendo y escribiendo, sin levantar la cabeza. O mejor aún (remedio del navegante para no marearse), levántela demasiado: mire a lo lejos: no se quede con los ojos fijos en lo que está cerca. Siéntase en comunicación con el mundo, y olvídense del barrio en que vive. Mi Dios, nuestro Dios feroz y valiente nos ha dicho: «Te salvaré, pero has de olvidar la casa de tus padres y el nombre de tu pueblo». La idea, la vocación, el espíritu —lo

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 17. Esta segunda carta está fechada el 10 de octubre de 1923.

⁴⁹ *Ibid.*, pág. 16.

que fuere— es una sirena más: tiene que sacarnos de casa entre las protestas de los vecinos. Sea firme en su vocación, sea fiel a sí mismo ⁵⁰.

Con su carta Reyes intentó reorientar la vocación literaria de Villaurrutia. Le proporcionó un programa de actuación —viajar, salir de la patria, contactar con el mundo—, lo que debía entenderse en sentido real y también figurado: el escritor es un navegante, un «viajero alado» había dicho Baudelaire, que como tal debe visitar a través de lecturas y escrituras la patria universal de las letras, impulsado por su curiosidad innata y programática; le colocó delante de los ojos una meta, un fin para ese viaje: la patria, servir desde la literatura a la modernización y al progreso de la nación; y le hizo advertencias de veterano al presentarle esa tarea como un sacrificio que lo obligaría a desterrarse real y simbólicamente del país, en una misión incomprendida que debía desempeñarse heroicamente a pesar de las «protestas de los vecinos». Por último, Reyes comparó esa vocación literaria con las sirenas que atraían con sus cantos a Ulises, propiciando la identificación entre el viajero legendario y ese viajero escritor en que debía convertirse Villaurrutia. En esa carta Villaurrutia vio sintetizada gran parte de lo que habría de ser la doctrina de *Ulises*, completada luego con textos similares de Gide o Baudelaire.

Por encima de simpatías o antipatías personales, los Contemporáneos siguieron en sus años de grupo (1925-1932) la mayoría de las directrices de Reyes. Lo siguieron —sobre todo Villaurrutia— incluso en su lenguaje, en sus expresiones claves, por ejemplo, en su definición de «curiosidad» o en su verdadera obsesión por «abrir las ventanas», «respirar otros aires», «ventilar la habitación», o lo que es lo mismo, el país y el alma. Lo siguieron también en su hispanismo, un hispanismo que en su caso, más que en los de Vasconcelos y Ureña, surgió del contacto real y profundo con un país que atravesaba entonces uno de sus momentos más intensos, asombrosos en calidad intelectual, y que los Contemporáneos aprendieron a comprender y respetar más allá de la fascinación inevitable por Francia. Y lo siguieron en su manera de entender lo mexicano en literatura, una manera que Abelardo Villegas ha llamado «nacionalismo intimista» ⁵¹, que conecta a Reyes con López Velarde y Samuel Ramos —nombres clave también cuando se habla de los Contemporáneos—, y que hasta el final de sus días mantuvo el grupo: cada mexicano puede encontrar a México en su interior, penetrando en su sensibilidad y en su psicología; se es mexicano inevitablemente y es en la sinceridad del artista consigo mismo, en su compromiso privado e intransferible con su yo, donde esa mexicanidad se materializa en palabras o en cuadros. Todavía en 1932 Reyes y los Contemporáneos se mantenían unidos en su lucha «contra los bárbaros»; prueba de ello es el famoso folleto A

⁵⁰ Alfonso Reyes, «Carta a Xavier Villaurrutia», 9 de octubre 1925, en Miguel Capistrán, art. cit., págs. 18-9.

⁵¹ Cfr. Abelardo Villegas, «El sustento ideológico del nacionalismo mexicano», en AA. VV., *El nacionalismo y el arte mexicano*, México, UNAM, 1986, pág. 393.

vuelta de correo que, desde Argentina, Reyes escribió ese mismo año en contestación a Héctor Pérez Martínez, que, a raíz de una de las muchas campañas críticas contra los Contemporáneos, incluyó a Reyes en el mismo grupo⁵². En medio de la controversia periodística, Reyes siguió insistiendo en que «la realidad de lo nacional reside en una intimidad psicológica, involuntaria e indefinible»⁵³ y defendió públicamente a los Contemporáneos «porque entre estos yo encuentro muchos que hacen esfuerzos de mexicanismo»⁵⁴. En el ejemplar que envió a Villaurrutia de *A vuelta de correo* Reyes seguía considerándose miembro del grupo, y asumía incluso el papel de portavoz que, de una vez por todas, «frente a los bárbaros», debe dar la cara: «Querido Xavier: Quizá hubiera sido más elegante callar. Pero ¿no será mejor romper el hielo y que alguno –aunque sea el menos pugnaz de todos– se sacrifique?»⁵⁵.

Villaurrutia se mantuvo siempre fiel a Reyes: conservó su admiración por el maestro, leyó con interés cuanto escribió, no olvidó nunca los consejos que le dió. Su mayor tributo a Reyes fue la capacidad que tuvo para comprender lo que de perdurable había en él, el modo consciente en que se presentó y presentó a su grupo como continuador de una determinada tradición mexicana en la que Reyes participó y de la que fue además definidor. La defensa de lo hispánico como base para llegar a conocer la verdadera y única tradición con la que en su opinión contaba México: la cultural; el universalismo como opción cultural para la nación, como instrumento impostergable para lograr su emancipación; el rigor y la conservación de la autonomía del arte como principios que debe mantener vigentes el intelectual; y, sobre todo, la obligatoriedad de cultivar un nacionalismo cultural de orden espiritual y ontológico y no histórico o político, fueron algunos de los elementos de esa tradición a la que los Contemporáneos añadieron contenidos nuevos, y que, a su vez, con nuevas variaciones y condiciones políticas, perpetuó Octavio Paz y quiere continuar hoy el grupo de su revista *Vuelta*. En medio de críticas e insultos, los Contemporáneos, ya emancipados como

⁵² La campaña se desató como consecuencia de la publicación de la encuesta «¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?» en *El Universal Ilustrado*. Entre sus consecuencias estuvo la implicación directa de Reyes en la cuestión a través de un artículo de Pérez Martínez en *El Nacional* (7 de mayo 1932) en el que lo acusaba de estar «prefiriendo atender, con una solicitud un poco intencionada, temas distantes de lo nuestro» y haberse vuelto «un devanador de rutas extrañas (sic) que no agregan a lo nuestro ni siquiera una intención guiadora» (cito por Miguel Capistrán, art. cit., pág. 29). Sobre esta polémica Sheridan ha escrito «Entre la casa y la calle: la polémica de 1932 entre nacionalismo y cosmopolitismo literario», en Roberto Blancarte, ed., *Cultura e identidad nacional*, México, FCE, 1994, págs. 384-413. Sobre la cuestión Reyes-Pérez Martínez, cfr. Silvia Molina, ed., *A vuelta de correo, una polémica sobre literatura nacional* (México, UNAM / Universidad de Colima, 1988), que incluye el folleto de Reyes, los diferentes artículos que publicó Pérez Martínez al respecto, y algunas cartas que ambos contendientes se cruzaron en privado, que también pueden consultarse en el ya citado artículo de Capistrán.

⁵³ Cito por Guillermo Sheridan, art. cit., pág. 408.

⁵⁴ Alfonso Reyes, «Carta a Héctor Pérez Martínez», en Miguel Capistrán, art. cit., pág. 39.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 25.

grupo, habrían de ocuparse desde el propio territorio mexicano de la reactualización permanente de esa tradición mexicana universal y clásica que definieron y enriquecieron sus maestros ateneístas –Vasconcelos, Ureña, Reyes–, aunque con más escepticismo y más beligerancia, quizás producto de los años que les tocó vivir, pero también con más precisión y con más capacidad definitoria.